

## RESEÑAS

ERNESTO CARDENAL: *Cántico cósmico*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1989.

Figuras geométricas conflictivas traza la carrera de Ernesto Cardenal (1925). En lo que respecta a su persona, la línea es, fundamentalmente, recta y ascendente: continuo conocimiento mayor, aumento más o menos constante del prestigio personal. Versante a su carrera artística, no obstante, la figura es otra, pues tras una subida notable en los 60 y 70, los 80 trajeron una relativa decaída, resultado directo de haber respondido a uno de los principales llamados en su vida: la política (para Cardenal inseparable de la religión). La poesía tuvo que quedar en el patio de atrás, para que Cardenal, durante su década como Ministro de Cultura nicaragüense, se dedicara a sus labores sociales, en franco perjuicio de su verso, de los más visibles y estimables del período que condujo a la revolución nicaragüense.

Hubo obras muy valiosas en las décadas 70 y 80, como *Canto nacional* y *Oráculo sobre Managua*, pero también vimos otras de menos mérito (*Tocar el cielo*). Mientras tanto, aparecía algún poema destinado, suponemos, a una futura ampliación de *Homenaje a los indios americanos* ("Los yaruros", p. ej.). Total: poca obra reciente, de calidad variable. Pero Cardenal ha dejado ya el Ministerio (años más tarde de lo que hubiera preferido). Ha vuelto a Solentiname. Y ha vuelto a la poesía, con ganas.

En gran medida, el poema (más que poemario) *Cántico cósmico* viene a rectificar y ampliar toda la trayectoria artística de su autor. Su poesía siempre ha resistido clasificaciones fáciles y convincentes, y lo mismo vale decir de esta nueva publicación. *Cántico cósmico* es, a un mismo tiempo, poesía socio-política (y de la mejor que tenemos, como su *Hora 0*), religiosa (*Salmos, Gethsemani, Ky.*) y antropológica (*Homenaje*). Sólo falta como elemento continuo la veta de historia revisionista de *El Estrecho Dudoso*, pero ésta (y hasta la prehistoria) es con todo un elemento que subrepticamente informa cada página. El poema, así, constituye tanto una obra nueva de gran importancia en la historia literaria de las Américas —y de más allá por igual—, sino a la vez una especie de *summa*

de técnicas y temas asociados con su propia estética y también con uno de los regalos más valiosos que ha dado nuestro hemisferio al mundo, la teología de la liberación. Y da un "salto de la fe", pues agrega a la ya variada gama temática de Cardenal un elemento nuevo: la ciencia, en especial la biología y la astrofísica.

Al contrario de lo que han escrito Nicanor Parra y otros, para Cardenal la vida sí tiene sentido, y el poema busca revelarlo en toda su diversidad, pues Cardenal sigue siendo poeta profético (guía e intérprete). La muerte, en su concepto, no sólo es ineludible sino necesaria, pues da vida nueva y así es función de amor; todo existe como su propio contrario: "Alfa es Omega", "Tú soy yo", "el cielo está aquí en la tierra", "el interior de los átomos es caótico, conste, / pero con música". Tiempo es espacio, hubo y no hubo universo antes del *Big-Bang*, la expansión astrofísica es a la vez cíclica (morirá para renovarse en otra explosión primordial) y lineal (acabará en la entropía), desorden es orden. Esta dialéctica es capaz de frustrar a más de un lector, quien a veces dudará de que el poema lo lleve a ninguna parte, y sólo verá el aparente desorden de la superficie. Pero si persiste, sobrevive esta "noche oscura" (término que no es pretensión nuestra sino pedido prestado de San Juan de la Cruz por el propio poeta). La vida puede tener sentido o no. Pero el poema sí lo tiene, y poco a poco, en las cantigas finales, llega la luz plena. El poema ofrece una salida de las trampas de la lógica y las paradojas —se asemejan las de la ciencia y las de la religión—, en la eclosión de una nueva humanidad más allá de lo material-biológico. Y mientras tanto, al evolucionar hacia ese estado trascendental, la humanidad irá, aunque sea con pasos vacilantes, resolviendo los egoísmos, conflictos y violencias que la han hecho víctima de sí misma.

El poeta José Coronel Urtecho, en sus "Anotaciones iniciales" compara este extenso y complejo poema con la *Divina Comedia* del Dante y *De rerum natura* de Lucrecio, comparación tan atrevida como justa en muchos sentidos (los que no entran en reseña sino que exigen un estudio extenso). Podemos señalar otros antecedentes, ya hispánicos: San Juan de la Cruz, entre los místicos; los "Cantos del Peregrino" de José Mármol (en la ambición de la empresa artística y aún más en el modo casi idéntico de hacer "Cantos" —Mármol— o "Cantigas" —Cardenal— capaces de ser leídos tanto independientemente como en toda la complejidad de la obra total, cuestión a la que brevemente volveremos); y en particular el "Primero sueño" de Sor Juana, obra maestra que en todo su barroquismo busca, como el poema de Cardenal, unir el conocimiento científico con el religioso, lo que conlleva notables implicaciones sociales (en Sor Juana, excluidas del "Sueño" para aparecer mejor en la "Respuesta a Sor Filotea").

He aquí que la grandeza y el principal riesgo del *Cántico cósmico* sean una misma cosa. Todos los elementos temáticos que hemos citado (y otros) deben presentarse con claridad y coherencia de por sí, y, aún más, uno a la luz del otro, pues su interpenetración y complementación es constante, desorientadora a veces y frecuentemente sorprendente. Así: mucho material, tejido en una red

de extensión y complejidad comparables con muy pocos poemas y (que sepamos) ninguno reciente, pues hay que recurrir a obras de la Colonia: "La Araucana", "La Cristiada" y demás. Pero ni la extensión —en este caso 43 cantigas, 581 páginas— ni la complejidad de un poema es un juicio de valor, pues el arte puede merecerlas (y hasta exigir las) o no. Borges, Lorca, Góngora no son buenos por difíciles, sino por sus dotes artísticas. Lo que sí traen estas características de *Cántico cósmico* (y la obra de los otros poetas que citamos) es una obligación aun mayor de ser efectivo, necesario. *Cántico cósmico* cumple también en este sentido, aunque hemos de reconocer que no todo lector estará a la medida del poema completo.

Prometíamos volver a la cuestión estructural. Simplemente, Cardenal ha empleado sus técnicas estructurantes de siempre, pero en escala bastante mayor. Siempre ha ido poco a poco, trozo a trozo, saltando de un aspecto a otro, de escena en escena, para unir los muy diversos elementos, paulatinamente desarrollados, sólo al final del poema. La construcción es la de un poemamosaico, o poema-fuga, cada una de cuyas partes es bella de por sí, pero las que componen algo muy distinto vistas, mejor, en su totalidad. Y nada más acertado para la temática: la naturaleza del universo (tanto el físico como el mítico-religioso), la del hombre, y la ansiada integración permanente de los dos. El poeta nos asegura que participamos en una odisea cósmica que, como especie, somos capaces de llevar a feliz término: exactamente como se constituye el poema.

Poema y universo físico existen paralelamente en el *Cántico cósmico* de Cardenal. Así como el material cósmico se compone de átomos, formados en moléculas que se combinan en elementos que forman sustancias que se unen en abejas, mares, estrellas y galaxias, su poema va de la palabra (átomo) a la frase (molécula) a la sustancia (un poema) hasta llegar a la galaxia o universo del poema entero. Y así como podemos observar un objeto discreto o un poema individual, podemos —debemos, en última instancia— contemplar simultáneamente la totalidad.

La misma gestación de este nuevo (y antiguo) canto universal subraya lo que aducimos respecto a su estructura: *Cántico cósmico* lleva más de 40 breves poemas publicados anteriormente. Algunos son de *Oración por Marilyn Monroe*, de 1965. Muchos otros han aparecido en las dos publicaciones que podríamos llamar embriones de *Cántico cósmico*: *Tocar el cielo* (1981) y *Vuelos de victoria* (1985). *Cántico cósmico*, pues, nació como surgió el universo: de partículas discretas que se unieron, poco a poco, en un todo cohesivo.

*Cántico cósmico* no es un poema perfecto (¿acaso existe alguno?). Sí es una obra maestra, de un poeta que podemos ya sin vacilar llamar de los más grandes del siglo. Y —si nuestros propios poderes proféticos son más que limitados— creemos que *Cántico cósmico* está destinado a ser la obra poética de mayor impacto que haya dado Latinoamérica en este siglo, con *Cantos de vida y esperanza* de Darío y el *Canto general* de Neruda. Y Ernesto Cardenal, con esta

extraordinaria colaboración de dotes intelectuales excepcionales, sensibilidad humana y artística y compromiso con toda la realidad de sus semejantes, entre el croarr de las ranas y el zumbido de las partículas subatómicas, citando a sabios como Einstein, Meister Eckhardt y los indios cuna y con voz de pueblo que labora, cree y aspira ha cantado el cosmos.

*University of Illinois  
at Urbana-Champaign*

PAUL W. BORGESON, JR.

STEVEN F. WHITE: *Una totalidad implícita: Poets of Nicaragua, A Bilingual Anthology, 1918-1979* (Greensboro: Unicorn Press, 1982).

Nada como una antología para suscitar polémicas entre aquéllos que conocen de literatura, especialmente si los textos seleccionados incursionan en un mercado nuevo o, en todo caso, distinto al que les es habitual; se puede argüir, por ejemplo, que faltaron algunos autores o textos, que sobraron otros tantos, que los textos elegidos han sido sacados de su contexto original y han sido forzados a nuevas relaciones y a nuevas significaciones, etc. Realmente es difícil obtener un consenso entre los conocedores de la producción que las antologías intentan resresentar. Un nuevo riesgo lo añade la traducción de los textos a otro idioma, riesgo que en particular corre la poesía y que los amantes de ella no dejarán pasar inadvertido.

Pero después de este primer momento, la antología ocupa un lugar en casa, entre otros tantos libros, entre otras tantas antologías, y empieza el tiempo de la experimentación: leer la antología como si se tratara de un solo texto, como si fuera un solo cuerpo construido a través de muchas décadas, con una voz que pudiera multiplicarse en muchas voces, con un pensamiento desintegrado en incontables lenguajes, y vuelto a reconstruir, incesantemente, en ese cuerpo que es su unidad originaria. El experimento, en realidad, obedece a la voluntad secreta de las antologías y no a la sutileza de sus lectores. De ahí que sea importante preguntarse qué unidad, qué cuerpo disperso pero indisoluble presenta *Poets of Nicaragua*, la antología de Steven F. White.

La supresión de Rubén Darío, particularmente en una selección que se le ofrece al público de habla inglesa, es el comienzo de una respuesta. Seguramente se trata de establecer que es posible una presentación de la poesía nicaragüense prescindiendo del maestro, y afirmar que la selección puede validarse en ella misma, sin necesidad de recurrir a un clásico que de por sí significaría una garantía en la venta del libro. Más allá de este razonamiento, es evidente que White ha optado mayormente por figuras que pueden adscribirse a períodos literarios ya fijados por la crítica literaria en Nicaragua. El origen de la selección debe buscarse en esta crítica y en el contacto directo de White con el medio literario nicaragüense, pues sólo así se explica la visión de conjunto de su